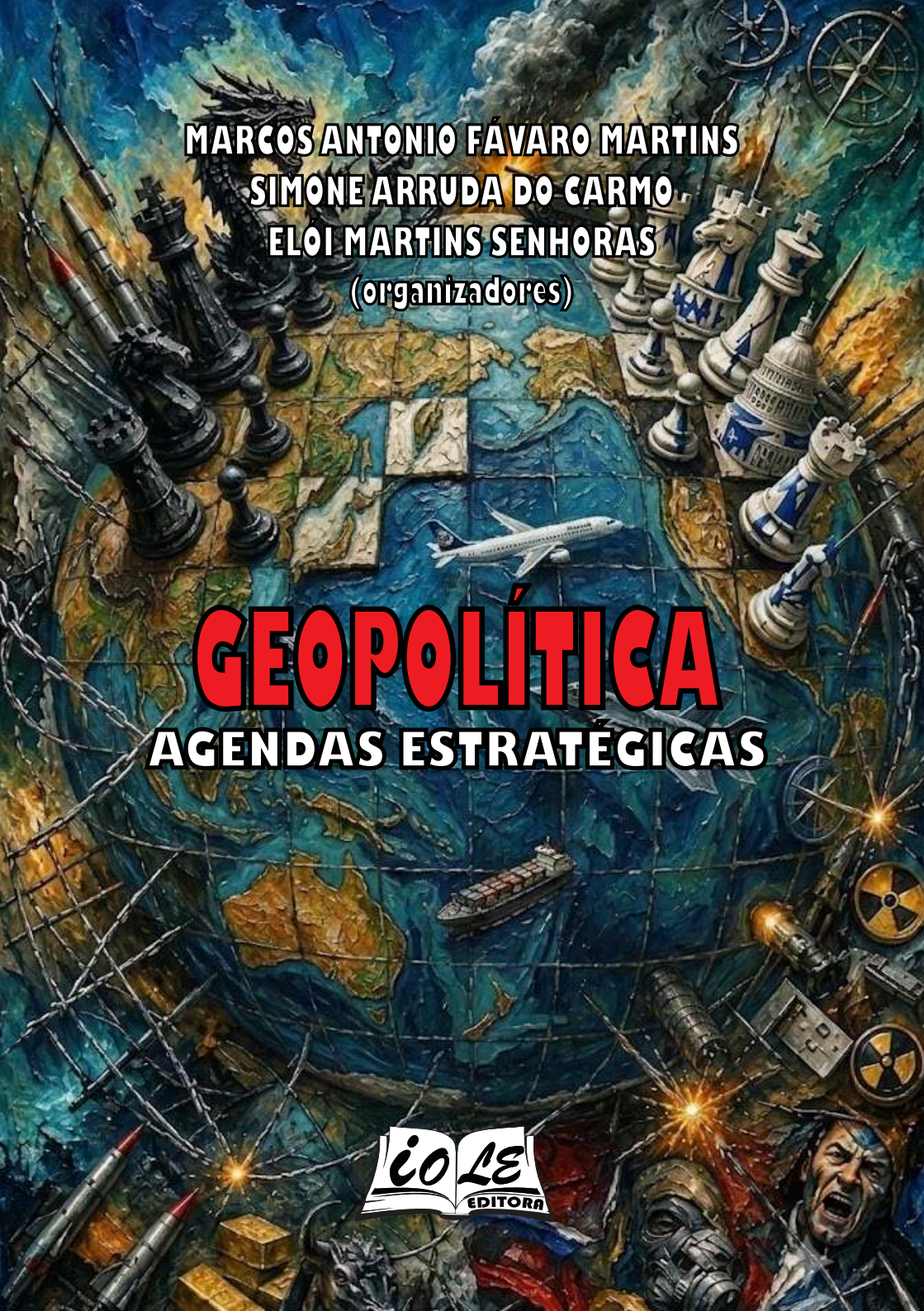
MARCOS ANTONIO FÁVARO MARTINS
SIMONE ARRUDA DO CARMO
ELÓI MARTINS SENHORAS
(organizadores)

GEOPOLÍTICA

AGENDAS ESTRATÉGICAS



EDITORA

GEOPOLÍTICA

Agendas Estratégicas

GEOPOLÍTICA

Agendas Estratégicas

MARCOS ANTONIO FÁVARO MARTINS
SIMONE ARRUDA DO CARMO
ELÓI MARTINS SENHORAS
(organizadores)

BOA VISTA/RR
2026

Editora IOLE

Todos os direitos reservados.
A reprodução não autorizada desta publicação, no todo ou em parte, constitui violação dos direitos autorais (Lei n. 9.610/98) é crime estabelecido pelo artigo 184 do Código Penal.

EXPEDIENTE

Revisão
Elói Martins Senhoras
Geane Ribeiro Silva Monteiro

Capa
Alokike Gael Chloe Hounkonnou
Elói Martins Senhoras

Projeto Gráfico e Diagramação
Elói Martins Senhoras
Balbina Líbia de Souza Santos

Conselho Editorial
Abigail Pascoal dos Santos
Charles Pennaforte
Claudete de Castro Silva Vitte
Elói Martins Senhoras
Fabiano de Araújo Moreira
Julio Burdman
Marcos Antônio Fávaro Martins
Rozane Pereira Ignácio
Patrícia Nasser de Carvalho
Simone Rodrigues Batista Mendes
Vitor Stuart Gabriel de Pieri

DADOS INTERNACIONAIS DE CATALOGAÇÃO-NA-PUBLICAÇÃO (CIP)

Ma3 MARTINS, Marcos Antonio Fávaro; CARMO, Simone Arruda; SENHORAS, Elói Martins (organizadores).

Geopolítica: Agendas Estratégicas. Boa Vista: Editora IOLE, 2026.

Série: Geografia. Editor: Elói Martins Senhoras.

ISBN: 978-65-979656-9-4

1 - Estudos de Caso. 2 - Geografia. 3 - Geopolítica. 4 - Teoria.
I - Título. II - Martins, Marcos Antonio Fávaro. III - Geografia. IV - Série

CDD–900

A exatidão das informações, conceitos e opiniões é de exclusiva responsabilidade dos autores.
O presente livro contou com avaliação às cegas no sistema double-blind-review.

EDITORIAL

A editora IOLE tem o objetivo de divulgar a produção de trabalhos intelectuais que tenham qualidade e relevância social, científica ou didática em distintas áreas do conhecimento e direcionadas para um amplo público de leitores com diferentes interesses.

As publicações da editora IOLE têm o intuito de trazer contribuições para o avanço da reflexão e das práxis em diferentes áreas do pensamento e para a consolidação de uma comunidade de autores comprometida com a pluralidade do pensamento e com uma crescente institucionalização dos debates.

O conteúdo produzido e divulgado neste livro é de inteira responsabilidade dos autores em termos de forma, correção e confiabilidade, não representando discurso oficial da editora IOLE, a qual é responsável exclusivamente pela editoração, publicação e divulgação da obra.

Concebido para ser um material com alta capilarização para seu potencial público leitor, o presente livro da editora IOLE é publicado nos formatos impresso e eletrônico a fim de propiciar a democratização do conhecimento por meio do livre acesso e divulgação das obras.

Prof. Dr. Elói Martins Senhoras

(Editor Chefe)

Copyright © Editora IOLE
2026

CAPÍTULO 5

La Influencia del Orden Económico Internacional en el Desarrollo del Rock como Movimiento de Protesta

LA INFLUENCIA DEL ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL EN EL DESARROLLO DEL ROCK COMO MOVIMIENTO DE PROTESTA

Asier García Lupiola[1]

La música popular, como todos los ámbitos sociales y culturales, está directamente influida por el devenir de la sociedad internacional, especialmente en la época contemporánea, en la que la que la globalización ha facilitado las relaciones entre comunidades de diferentes países. El rock engloba numerosos estilos y géneros de la música popular global actual, si bien es un fenómeno social que va más allá de la música. Los antecedentes para su aparición fueron la creación de la guitarra eléctrica en 1931 y la mezcla de música negra y música blanca que tuvo lugar en Estados Unidos (EEUU) en la década de 1940. A partir de ahí, se expandió por el mundo en el contexto del orden económico internacional instaurado tras la Segunda Guerra Mundial (SGM), siendo el rock "el producto de específicas condiciones políticas y económicas (estado de bienestar keynesiano, sociedad de consumo, desarrollo de los derechos de la ciudadanía)" (SERBIA, 2018, p. 23).

La transformación del rock en movimiento-protesta que se extendió por todo el planeta ha tenido lugar por medio de artistas y grupos que se han visto impregnados del devenir de los grandes acontecimientos internacionales de los últimos setenta y cinco años.

[1] Profesor en la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad del País Vasco (EHU) en Bilbao, España. Licenciado en Derecho y Máster en Estudios Europeos por la Universidad de Deusto. Doctor (Programa Relaciones Internacionales) por la EHU. Doctor (Programa Unión Europea) por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Madrid. E-mail para contacto: asier.garcialupiola@ehu.eus

Precisamente, las relaciones económicas internacionales han sido un influyente elemento para la conversión del rock en un fenómeno planetario, que ha servido al mismo tiempo de altavoz como denuncia y como expresión de descontento social ante los aspectos controvertidos de los hitos que han marcado la historia mundial contemporánea. Así, puede decirse que "el rock es el fundamento para comprender la historia reciente y los eventos actuales", así como que "ha sido la banda sonora de varias épocas cambiantes, describe el mundo tal y como es y cómo los jóvenes querrían que fuera" (ASSANTE, 2008, p. 08). Es más, "desde mediados del siglo XX, los masivos cambios sociales vinieron acompañados por multitud de personas haciendo música popular y otros muchos millones más escuchándola, bailándola, viviendo sus vidas a través de ella" (WARD; DELGADO, 2018, p. 322). El rock, en cuanto parte de la cultura popular que es, no puede entenderse sin tener en cuenta la interrelación entre economía, ideología y la propia cultura popular, pues contiene los dos elementos contradictorios presentes en la misma: por un lado, la comercialización y el marketing de productos populares y, por otro, su potencial para articular una actitud de independencia y resistencia (ROWE, 1995). De este modo, tal y como ha sucedido a lo largo de la historia de la música "los avances casi siempre son obra de provocadores e insurgentes […] que con frecuencia sacuden los cimientos de la sociedad" (GIOIA, 2020, p. 13) y el rock es una clara evidencia, siendo "su característica más distintiva la disconformidad" (VÁZQUEZ, 2019, p. 03).

A partir de ese planteamiento, el presente texto tiene por objeto analizar y mostrar la relación existente entre, por un lado, la configuración del mundo contemporáneo en lo que se refiere a las relaciones internacionales y el orden económico internacional imperante, y por otro, la evolución del fenómeno rock, especialmente en cuanto elemento de expresión de descontento ante las consecuencias de dicho modelo, al que ha recurrido la sociedad

en general y principalmente los jóvenes. Para ello, el análisis llevado a cabo es tanto descriptivo como explicativo, al tiempo que es retrospectivo, puesto que analiza el fenómeno en su contexto desde sus orígenes hasta la actualidad, poniendo en paralelo los hechos históricos más relevantes desde el establecimiento de un nuevo orden económico internacional tras la SGM hasta el periodo de doble crisis provocado por la Gran Recesión de 2008 y la pandemia del Covid-19 y, por otro, los hitos fundamentales del rock desde su nacimiento y durante su desarrollo en dicho periodo. Al mismo tiempo, la investigación es principalmente cualitativa; y en lo referido a las relaciones internacionales contemporáneas se ha recurrido a las fuentes de los trabajos previamente publicados y actualizados (VELARDE; ALLENDE; GARCÍA, 2007; GARCÍA, 2007; 2011; 2014; 2018; 2026)[2], mientas que las fuentes sobre la música popular y el fenómeno rock son los escritos de la doctrina especializada referenciada en el propio texto.

CONTEXTO EN EL QUE NACE EL ROCK (DÉCADA DE 1950)

Cuando se acercaba el fin de la SGM, entre abril y junio de 1945, se desarrolló la Conferencia de San Francisco. En la misma, los cincuenta Estados participantes adoptaban por unanimidad la Carta de las Naciones Unidas, que entró en octubre de 1945. La Organización de las Naciones Unidas (ONU) nacía vinculada a las consecuencias de la guerra, de modo que las potencias vencedoras – EEUU, Reino Unido, Francia, la Unión de Repúblicas Socialistas

[2] Entre las mismas, cabe citar, por su relevancia, las siguientes: Alonso Rodríguez (2012), Alonso Tajadura (2012), Barbé (2020), Calvo (2021), Cameron y Neal (2016), Camps (2013), Chaliand (2004), Comín (2011), Díez De Velasco (2010), Frieden (2013), Lozano (2001), Marín, Merino y Hernando (2025), Palomares (2026), Palomares, De Castro y Tomé (2023), Pereira (2009).

Soviéticas (URSS) y China– se reservaron un puesto permanente con derecho de veto en el órgano principal de la ONU, el Consejo de Seguridad. No obstante, el mayor poder de influencia quedaba en manos de los dos países que, dado su tamaño y poderío militar, habían adquirido el grado de superpotencias: EEUU y la URSS. Ambas trataban de delimitar el escenario internacional al objeto de controlar el máximo número de países, lo que los llevaba al enfrentamiento, pues partían de concepciones políticas y económicas antagónicas – capitalismo *versus* comunismo–, iniciándose así un enfrentamiento indirecto denominado Guerra Fría, que se comenzó a reflejar en la creación de las respectivas organizaciones de defensa (la OTAN en 1949 y el Pacto de Varsovia en 1955) y la Guerra de Corea (1950-1953).

Junto con la creación de la ONU, por iniciativa de las potencias aliadas, se instauraron las instituciones del conocido como Sistema Bretton Woods. En efecto, antes incluso de finalizar la guerra, en julio de 1944 tuvo lugar en Bretton Woods (New Hampshire, EEUU) la Conferencia Financiera Internacional de Naciones Unidas, en la que participaron 44 países. Los países aliados se plantearon cómo habría de desenvolverse la economía mundial acabada la guerra, teniendo claro que se quería evitar seguir el ejemplo de la política económica internacional desarrollada tras la primera posguerra mundial. En Bretton Woods tuvo lugar una discusión de planes y programas destinados al establecimiento de organismos financieros de carácter internacional. Las tesis que triunfaron fueron las defendidas por EEUU: dar estabilidad a las transacciones comerciales a través de un sistema monetario internacional, con tipo de cambio sólido y estable fundado en el dominio del dólar, así como liberalizar el comercio mundial.

Precisamente, la idea de liberalizar el comercio mundial con el objetivo de facilitar las relaciones económicas internacionales va a ser el fundamento del orden económico internacional establecido

tras la SGM. Con ese fin, en Bretton Woods se fijaron las bases de dos organismos económicos, que fueron formalmente creados luego dentro del sistema de la ONU, de gran trascendencia futura: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, posteriormente Banco Mundial. Asimismo, se establecieron las bases para la creación del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (conocido por sus siglas en inglés, GATT), que se puso en marcha en 1948. Toda esta estructura pretendía impulsar el crecimiento económico, favoreciendo el comercio internacional por medio de su liberalización, facilitando los pagos internacionales y otorgando ayudas a los países con problemas económicos.

Lógicamente, la URSS no quiso entrar a formar parte de todo este sistema y se centró en tratar de ayudar a afincar en el poder a los movimientos comunistas que en el este de Europa habían protagonizado la lucha contra el nazismo y el fascismo. Ante esta situación, EEUU decidió que era necesario intervenir en territorio europeo para evitar una generalización de regímenes comunistas y, por tanto, afines a la URSS. Lo hizo por medio de un plan de ayuda económica para la reconstrucción de Europa, conocido como Plan Marshall, puesto en marcha en junio de 1947 y que supuso ayuda material norteamericana en forma de suministro de bienes de equipo, materias primas o de asistencia técnica. Se basó en el principio de no discriminación política, por lo que teóricamente era aplicable para vencedores y vencidos de la Segunda Guerra Mundial e, incluso, para países socialistas. Ahora bien, los países receptores de la ayuda debían comprometerse a la aplicación de medidas tendentes a la estabilidad financiera y monetaria interna, mediante el equilibrio presupuestario, una política monetaria no expansiva, control de la inflación y desregulación. Asimismo, debían trabajar por la cooperación económica internacional, mediante la reducción o supresión de trabas, contingentes o cuotas de importación. Como se ve, era una trampa envenenada para los países comunistas, por lo que

la URSS prohibió a sus colegas europeos aceptar ayuda alguna y organizó el COMECON, un comité de ayuda a los países comunistas en 1949.

Por su parte, los países latinoamericanos comenzaron a poner en práctica una serie de intentos industrializadores, que se vieron abocados tanto al fracaso como a un aumento excesivo de su deuda externa. La nueva estrategia económica, comenzaría impulsando la producción de bienes de consumo no duraderos, tales como alimentación, bebida, tabaco o textiles, actividades con demanda interna prácticamente asegurada y procesos de producción relativamente sencillos. Como elementos positivos de estas estrategias pueden citarse, por un lado, la diversificación productiva lograda en países como Brasil, Chile, México, Argentina y Uruguay; por otro, una tasa media de crecimiento anual del PIB situado en torno al 4,5 % durante la década de 1950. Ahora bien, esta política económica se hizo acompañar necesariamente de la importación creciente de capitales y tecnología, lo que, a la postre, acabaría por provocar un nuevo estrangulamiento económico al surgir nuevos desequilibrios en forma de presiones inflacionistas, escaso crecimiento, desempleo, marginación de abundantes capas de población y deuda externa en aumento. En esta situación influyó mucho el interés de EEUU por intervenir en Latinoamérica, tanto por razones económicas, penetrando en sectores como el agrícola (café, fruta, tabaco), el minero y el de la energía, como por razones políticas, para frenar la expansión comunista en el continente, lo que llevó al apoyo norteamericano a diversas dictaduras militares como la de Batista en Cuba, la de Somoza en Nicaragua o la de Stroessner en Paraguay.

En dicho contexto, en la primera mitad de la década de 1950, nació el rock en EEUU. Aunque no hay unanimidad a la hora de fijar una fecha se toman como orientativas las dos siguientes (SIERRA I FABRA, 2003, p. 09): 12 de abril de 1954, día en el que Bill Haley

grabó *Rock around the clock* y 5 de julio de 1954, fecha en la que Elvis Presley grabó en un pequeño estudio de Memphis *That's all right*. Lo cierto es que el término *rock and roll* venía utilizándose con anterioridad por cantantes de Rhythm & Blues para referirse al acto sexual, identificado como el ritmo para bailar dicha música, y su origen se encuentra en el ámbito náutico, pues se refiere a los movimientos hacia delante y hacia atrás (rock) y hacia los laterales (roll) de un barco. El rock como tal había surgido a comienzos de los años cincuenta por la combinación de diferentes elementos, una mezcla de música blanca – Country & Western y Folk– y, especialmente, negra – Rhythm & Blues, Boggie Woogie y Swing. En 1952 el discjockey de Cleveland Alan Feed comenzó a utilizar el término *rock and roll* para referirse a las canciones del nuevo fenómeno musical, algo que también hicieron otros famosos locutores como Waxie Maxie en Washington, Hunter Hancock en Los Ángeles o Porky Chedwick en Pittsburg, generalizándose su uso en 1953.

No se trataba tan sólo de un nuevo estilo musical sino de mucho más, pues "si bien es cierto que frecuentemente se habla de rock como un género musical, resulta más útil abordar el asunto considerándolo una cultura musical en sentido más amplio" (KEIGHTLEY, 2006, p. 156). La música no sólo posee conexiones con asuntos sociopolíticos y culturales, sino que también se vincula con sensibilidades estéticas y afectos generacionales (BENNETT; ROGERS, 2016, p. 37), y el rock así lo demostró desde sus inicios. A este respecto, la juventud estadounidense de la época era una generación posbélica, los hijos de aquellos que ganaron la Segunda Guerra Mundial. Gozaban del *american way of life*, al tiempo que vivían en una situación de incertidumbre e incluso de miedo bajo la amenaza que suponían la Guerra Fría y las armas nucleares. Los jóvenes "ya no deseaban escuchar las canciones de siempre, que sólo hablaban de temas cómodos para la sociedad establecida, pues se sintieron desengañados" (VÁZQUEZ, 2019, p. 03). Recurrieron al

rock porque "no querían solamente unirse a una sociedad de consumidores sino también querían proponer soluciones a una sociedad extremadamente tradicional y desigual en lo social y económico" (STORNAIOLO, 2019, p. 35).

El cine, por medio de Marlon Brando en *The Wilde One* y James Dean, icono de la juventud rebelde sin causa, les había mostrado que no tenían por qué limitarse a dejarse llevar entre la pubertad y la edad adulta; "querían sus propios símbolos de prestigio, su propio lenguaje y, por primera vez en la historia, no deseaban ser como sus padres" (ASSANTE, 2008, p. 12). Fue precisamente el cine lo que favoreció el éxito del rock al utilizarlo como banda sonora y "consiguió que esa música se hiciera instantáneamente identificativa y famosa" (MÉNDEZ, 2004, p. 36).

Cuando en julio de 1954 Elvis Presley grabó su maqueta ya había artistas que componían e interpretaban rock and roll como Bill Haley, Jerry Lee Lewis, Chuck Berry, Roy Orbison, Little Richard, Buddy Holly, Carl Perkins, Bo Diddley, Gene Vincent o Fats Domino. Sin embargo, gracias a su personalidad, su voz y su carisma, Elvis personificó la ruptura con la música popular vigente hasta entonces y superó el ámbito cultural al ser la imagen de la trasgresión de las tradiciones y valores imperantes en una sociedad tan conservadora como era la norteamericana de mediados de los años cincuenta. Su actitud chulesca ante las cámaras de televisión –para entonces un elemento común en los hogares estadounidenses–, su origen humilde y su recurso a la música de los marginados de la sociedad, le granjeó la simpatía de los jóvenes que, como él, querían cambiar sus vidas y el mundo. Elvis personificó el rock que "liberó a los jóvenes del acoso constante a que los sometía la tradición" y "su eco llegó a todos los rincones del planeta" (SÁNCHEZ, 2012, p. 17).

CRECIMIENTO Y EXPANSIÓN (DÉCADA DE 1960)

La generalización del rock coincidió con el desarrollo de los milagros económicos capitalistas. Los países occidentales, una vez recuperados de las consecuencias económicas de la Segunda Guerra Mundial, gozaron a partir de 1950 de un período de fuerte y estable crecimiento económico que se alargó hasta 1973. Las tasas medias anuales de aumento del PIB rondaron el 5%, la inflación se contuvo en torno al 4 % y la tasa de paro no sobrepasó el 3 %. La puesta en práctica del keynesianismo, principalmente en Europa, fue crucial. En efecto, la existencia de gobiernos de izquierda en numerosos países occidentales facilitó la aplicación de las ideas del economista británico J. M. Keynes. De este modo, aumentó el intervencionismo estatal en la economía, mediante la promoción de la empresa pública e incluso por medio de nacionalizaciones de empresas; se fomentaron nuevas políticas de gasto público; e incluso se asumió el déficit público para lograr el pleno empleo. Asimismo, se estructuró el denominado estado del bienestar, asumiendo el Estado la cobertura general de los gastos en sanidad, educación y de jubilación de sus ciudadanos. Otros motivos que también contribuyeron al desarrollo económico fueron el bajo precio de las materias primas y los combustibles, los avances tecnológicos en robótica e informática, una alta tasa de inversión sostenida, una mejora en los sistemas de gestión de la empresa y en la asignación de recursos, así como un periodo de consenso y acuerdo en el ámbito de las relaciones laborales.

Sin embargo, desde otra perspectiva, el aumento de la renta trajo consigo el aumento del consumo –en principio, positivo para el crecimiento económico– y la generalización en los países occidentales del modelo de mercado de masas para bienes duraderos estandarizados, como automóviles particulares o electrodomésticos de línea blanca y línea marrón, previamente existente en EEUU. Ello

vino facilitado por el desarrollo del marketing y la propaganda, tanto gráfica como radiofónica y televisiva. El *american way of life* se internacionalizaba, especialmente en los países capitalistas más desarrollados.

No obstante, en otras regiones del planeta, el desarrollo económico no seguía el mismo ritmo. Así, en Latinoamérica, a raíz del éxito de la revolución cubana en 1959, EEUU impulsó la firma de la Carta de Punta del Este de 1961, una especie de Plan Marshall por el que concedía ayuda económica a los países latinoamericanos no comunistas para fomentar su desarrollo y que suponía una mayor penetración económica norteamericana en la zona, lo que acabó aumentando la deuda externa de dichos países. Su intervención fue en ocasiones por medio del ejército como en la República Dominicana en 1965.

En Asia y África tenía lugar el proceso de descolonización, por medio del que numerosos territorios coloniales se independizaron de las metrópolis europeas. Los dirigentes de los nuevos Estados independientes –formados en muchos casos en dichas metrópolis – trataban de aplicar los valores y principios democráticos en unas circunstancias sumamente complicadas. Especialmente relevante era la situación en África, donde la colonización europea no logró sacar a la población de su secular atraso económico. Por un lado, los nuevos países se habían constituido sobre la división creada por los colonizadores, que no respetó ningún tipo de frontera anterior, menos aún si se basaba en fundamentos étnicos o regionales. Por otro lado, debían hacer frente a la falta de tradición democrática en el continente negro y al hecho de que buena parte de la población de los nuevos países seguía otorgando importancia vital a las relaciones tribales. A pesar de algunos éxitos iniciales, las nuevas democracias africanas cayeron ante los múltiples golpes de Estado, consecuencia del contexto de Guerra Fría, en el que las dos superpotencias trataban de atraer países

a su respectivo bando o, simplemente, hacían todo los posible para que no acabasen en el bando contrario. Para desgracia de los africanos, junto al interés de las dos superpotencias, en su continente eran los intereses de las antiguas metrópolis los que favorecían todo tipo de intervenciones. Países como Reino Unido, Francia o Bélgica no podían permitir que sus empresas perdiesen las licencias de explotación de minerales, fosfatos, piedras preciosas, madera, caucho y otros productos, para lo que, si era necesario, se favorecía la instauración de una dictadura afín (como Bokassa en la República Centroafricana, Idi Amin en Uganda, Macías Nguema en Guinea Ecuatorial o Mobutu Sese Seko en Zaire).

Como en Latinoamérica, durante la posguerra en las antiguas colonias asiáticas tuvo lugar una política de sustitución de importaciones, sobre todo en la industria ligera, que a partir de finales de la década de 1960 sería canalizada hacia la exportación. La rápida industrialización coexistió con un sector agrícola atrasado que provocaba un abundante trasvase de mano de obra rural a la ciudad, con sus secuelas de hacinamiento urbano, falta de prestaciones sociales y degradación de la calidad de vida. Aunque el reparto del aumento de la riqueza no se generalizó, lo cierto es que sí se generaron altos índices de crecimiento económico en la zona. Así, por ejemplo, y si bien el nivel de partida era a todas luces bajo, entre 1969 y 1973 la tasa de crecimiento del PIB sería del orden del 7% anual. Los grandes beneficiados eran los inversores extranjeros – empresas de las antiguas metrópolis–, gracias a la abundancia de recursos naturales, la existencia de mano de obra barata, una alta protección arancelaria, un rápido crecimiento económico interno y una serie de compromisos oficiales de tipo económico-político. También aquí la Guerra Fría y los intereses norteamericanos, por un lado, y los soviéticos, por otro –con una cada vez mayor participación de China – tuvieron presencia importante, siendo la Guerra de Vietnam (1955-1975) el ejemplo más evidente y trágico.

En cuanto al rock, su estallido comercial tuvo lugar en 1956, con la conversión de Elvis Presley en un fenómeno de masas que superó las fronteras de EEUU y llegó a Europa. La puerta de entrada fue el Reino Unido, donde el rock caló de inmediato y se convertiría en el otro de los grandes centros de generación de artistas y bandas exitosas internacionalmente, comenzando con figuras locales como Lonnie Donegan, Tommy Steele o Cliff Richard (con los Drifters primero y con los Shadows después). Partiendo de esa dos metrópolis rockeras, es evidente que el rock se ha diseminado e impuesto en culturas no anglófonas por medio de la *pop-rockización* en fases similares a aquéllas en las que el rock en general ha evolucionado (REGEV, 2013, p. 106), si bien la tendencia general la han marcado los artistas anglosajones (EGAN, 2009, p. 12), tal y como se aprecia en los ejemplos que ofrecemos a lo largo del presente texto. Al margen del Reino Unido, en otros países europeos el rock se introdujo con rapidez, adaptándose a los estilos de música y normas sociales, y con intentos de las respectivas industrias de música locales por crear sus propias versiones, tal y como sucedió, por ejemplo, en Francia, Italia y Alemania (KOUVAROU, 2015).

En estos años iniciales, todos los artistas citados, blancos y negros, tuvieron un éxito arrollador entre la juventud. Cuando la lucha contra la segregación racial tomaba cuerpo en EEUU, el rock rompía las barreras entre el blanco y el negro pues "logró que la música negra saliera del *ghetto* al convertirse en favorita de los jóvenes de todas las razas" (MÉNDEZ, 2004, p. 27). A diferencia de los géneros musicales previos a 1950, cada uno de los cuales tenía su correspondiente modelo de audiencia "según infinidad de patrones, incluso raciales, con el rock se produjo una progresiva eliminación de estas barreras que fue conduciendo a su universalidad como referente cultural" (DE LA FUENTE, 2007, p. 119). Era el reflejo de un fenómeno que se extendía como una nueva religión entre los jóvenes de todo el mundo, cuyo dogma consistía en el desmantelamiento de la autoridad y el orden establecido. Por esa

razón, las autoridades de las superpotencias enfrentadas en la Guerra Fría coincidían en ver un peligro en el rock, pues en EEUU fue considerado "un contubernio comunista destinado a contaminar a la sana juventud americana" y en la URSS "un recurso malévolo de los yanquis para contaminar a la sana juventud comunista" (SIERRA I FABRA, 2003, p. 29).

Los jóvenes acudían en masa a los conciertos de sus ídolos y a las tiendas a comprar sus discos. De este modo, los jóvenes pasaron a existir económicamente hablando, lo que supuso que quienes pensaban en hacer negocio encontrasen su oportunidad. La industria discográfica convirtió el rock en su principal producto, controlando tanto a los artistas como a los fans. Surge, así, el fenómeno de las *screen stars*, creadas por las compañías y emisoras más conservadoras al objeto de combatir el espíritu contestatario del rock, pero valiéndose de su forma e imagen y potenciar el *american way of life*. Se trataba de una actuación aprovechada por las autoridades para ejercer cierto control social, especialmente de la juventud, y así "se observa la movilización de recursos por parte de las elites por apropiarse de un movimiento subcultural de masas" (CEPEDA, 2009, p. 93). No debe olvidarse tampoco que "las canciones de los rebeldes y los desfavorecidos siempre plantean una amenaza y por ello han de ser purificadas o reinterpretadas" (GIOIA, 2020, p. 15), por lo que se recurrió a las mencionadas *screen stars*, copias de Elvis Presley creadas para protagonizar insípidas películas cuyas bandas sonoras interpretaban, con canciones que se servían del ritmo del rock para expresar letras que obviaban los problemas internos de Estados Unidos, como el racismo o la caza de brujas del Macarthismo, e internacionales, como los derivados de la Guerra Fría.

A comienzos de la década de 1960 el espíritu subversivo del rock perdió fuerza, con una segunda generación influenciada claramente por las *screen stars*. Apenas se reflejó el malestar ante la

crisis de los misiles de Cuba, por la que a punto estuvo de estallar una nueva guerra mundial, y el comienzo del envío de tropas a Vietnam. Además, varias figuras desaparecieron, unas temporalmente, como Chuck Berry o Jerry Lee Lewis, huyendo de los ataques recibidos desde el puritanismo y el conservadurismo, y otras definitivamente, como Buddy Holly o Ritchie Valens, fallecidos en accidente.

Mientras el rock languidecía en EEUU, los artistas de rhythm&blues, añadieron el soul y el funk a sus canciones, logrando un resultado fresco y alegre. Todos ellos provenían de un mismo sello discográfico, la histórica Motown, como The Supremes, The Marvelletes, The Temptations, Marvin Gaye, Stevie Wonder, James Brown o Aretha Franklin. Por otro lado, la naturaleza contestataria se mantuvo en los cantantes de folk como Peet Seeger, Woody Guthrie, Joan Baez o Bob Dylan. Este último optó por electrificar su música y dio un nuevo impulso al rock. Otros siguieron ese camino como Simon & Garfunkel y los Buffalo Springfield de Neil Young.

A diferencia de lo que sucedía en Norteamérica, Europa "sí estaba lista para esta revolución cultural", de modo que "el salvaje y pecaminoso rock and roll renacería en Inglaterra" (STORNAIOLO, 2019, p. 26), recuperando su filosofía inicial, tanto por actitud como por sonido. Además de The Beatles y The Rolling Stones surgieron grupos como The Animals, The Kinks, The Hollies, The Zombies, The Small Faces o The Who. Las bandas británicas hicieron que el rock continuase siendo el vehículo de expresión de vivencias y problemáticas de la juventud. El éxito de los Beatles fue arrollador desde el principio, especialmente entre las nuevas generaciones que dejaban un tanto de lado el rock más clásico, de modo que "el mercado del pop se había convertido casi en un coto exclusivo de los adolescentes" (FRITH, 2006, p. 143). No obstante, los Rolling Stones, más cercanos al Rhythm & Blues, fueron una respuesta áspera a la beatlemanía que procedía de la marginalidad, lo que les

hizo merecedores de la imagen de chicos malos, muy atractiva también entre los jóvenes.

Entre 1964 y 1968 tuvieron lugar cambios estilísticos trepidantes. Del mismo modo que el diálogo creativo entre músicos blancos y negros había impulsado el nacimiento del rock'n'roll en los años 50, los sonidos procedentes de EEUU y Reino Unido se entretejían consolidando el rock (que perdía el sufijo "'n'roll") y su éxito universal (KEITGHTLEY, 2006, p. 163). El rock seguía expandiéndose por el mundo, mezclándose con multitud de expresiones musicales y culturales. Además, en los países occidentales el segmento de población menor de veinticinco años suponía ya un elevado porcentaje de la población total, de manera que la juventud gozaba de una visibilidad social y un poder económico sin precedentes, favoreciendo que la industria musical lograse convertir una música con vocación antimasa en un producto de éxito masivo.

A partir de 1965 la psicodelia se adueñó de los escenarios y el rock ácido puso sonido al movimiento hippie que había nacido en San Francisco y que "dio lugar a una generación alternativa que practicó la utopía unos cuantos años" (ASSANTE, 2008, p. 20). De esta época fueron Jimmy Hendrix, The Big Brothers con Janis Joplin, The Doors, The Jefferson Airplane, o The Grateful Dead. Era el gran momento del sexo, drogas y rock'n'roll, al tiempo que lo era del *peace and love*. La primera generación nacida después de la Segunda Guerra Mundial cumplía veinte años y se preguntaba cómo fue posible aquella barbaridad en un momento en que numerosos conflictos armados se desarrollaban como consecuencia de la Guerra Fría y en el contexto del proceso de descolonización. Se generalizó un pensamiento crítico por el que los jóvenes, nuevamente, llegaban a la conclusión de que no querían un futuro como el que habían tenido sus padres. Todo ello "convirtió a los sesenta en una década mítica: la época de la rebeldía, la década de las protestas y los

sueños" (MÉNDEZ, 2004, p. 104).

No es de extrañar que este contexto favoreciese la organización de grandes festivales, cuyo mensaje era un *no* clamoroso a las guerras. En junio de 1967 tuvo lugar el festival de Monterrey en California, que constituyó una reivindicación masiva de la paz frente a los conflictos bélicos que existían en el mundo, fruto de la Guerra Fría, e iniciaba los movimientos contrarios a la Guerra de Vietnam. A partir de ahí, los festivales pasaron a ser masivos, tanto por público como por músicos participantes. En agosto de 1968 tuvo lugar el festival la de la Isla Wight en Reino Unido –que tuvo dos ediciones más – y un año después, en agosto de 1969, llegó la leyenda de Woostock en Nueva York.

El rock-protesta, imbuido de hippismo y psicodelia llegó a su cénit, siendo el reflejo de los hechos más relevantes del momento, ensalzando unos y denunciando otros: la Primavera de Praga, el Mayo francés, los asesinatos de Martin Luther King y Bob Kennedy, el recrudecimiento de la guerra de Vietnam, los movimientos de liberación nacional en los países en vías de desarrollo, etc. El rock se convirtió en el portavoz de la contracultura, exhibiendo valores *anti-establishment* en radios y conciertos, animando a la población a pensar de forma independiente y a adoptar valores contrarios a los que les habían imbuido en la infancia (MITCHELL, 2005, p. 08).

El rock triunfaba en todo el mundo y se extendió principalmente por los países occidentales. En los países con dictaduras, como España, Grecia o Portugal, debió hacer frente a la censura, si bien proliferaron grupos locales. En los países comunistas el rock se fortaleció como un movimiento contracultural al que le tocó sufrir las trabas de las autoridades, que lo consideraban un peligro capitalista. En África, los últimos coletazos del colonialismo y las guerras –por la independencia o como resultado de la Guerra Fría y de los intereses de las antiguas metrópolis– no dejaban mucho espacio al ocio musical. En Latinoamérica, la corrupción en las

democracias, las dictaduras – en muchos casos impulsadas por EEUU – y los conflictos internos impidieron que se generalizase ampliamente el rock. En aquellos países en donde se logró un crecimiento económico relativamente estable como Brasil, México, Uruguay, Argentina o Chile, fue posible la creación de bandas que gozaron de cierto éxito. En un principio, debieron de hacer frente a "un nacionalismo oficial de lo autóctono", creando "un legado lejos del tradicionalismo musical y cultural establecido" (GARIBALDO; BAHENA, 2015, p. 196). Posteriormente, se generalizó la canción protesta o social como respuesta al descontento de la población, que fue censurada por los gobiernos y convirtió especialmente a los jóvenes en objeto de represión. Como consecuencia, en Latinoamérica "el rock va a arropar a la juventud, permitiéndole unirse para defenderse y rebelarse contra todo intento de sometimiento, conformando una nueva identidad que tenía como característica principal un pensamiento más liberal y revolucionario" (ROBAYO, 2015, p. 59).

CRISIS MUNDIAL (DÉCADA DE 1970)

Desde finales de la década de 1960 y hasta 1973 se fueron acumulando las razones y causas que harían estallar la dura crisis de los años setenta. Paradójicamente, el largo y constante período de gran productividad y ganancias, que conllevó una mayor capacidad de consumo para la población, aumentó la demanda hasta un punto en que acabó presionando al alza los precios. Al mismo tiempo, el precio de las materias primas – especialmente en lo que se refiere a combustible y energía –, que se habían mantenido baratas hasta finales de los sesenta, también comenzó a subir. Dichas materias primas provenían de países en desarrollo, algunos de los cuales habían iniciado procesos de industrialización que estaban generando

cierta competencia en algunos sectores para Norteamérica y Europa. Hay que recordar que buena parte del desarrollo industrial de dichos países tuvo lugar por medio de inversión extranjera proveniente de países occidentales desarrollados, que se aprovechaba de la barata mano de obra, las ventajas fiscales y la escasa regulación laboral y medioambiental en los sectores textil, siderometalúrgico, de construcción naval o minero. Se estaba gestando cierto descontento social, reflejado en movimientos como el mayo francés del 1968, la lucha por los derechos civiles y las protestas contra la guerra de Vietnam en EEUU, y que acabaron movilizando a las organizaciones sindicales por razones laborales en diferentes países.

El sistema se tambaleó en 1971 cuando Nixon suspendió la convertibilidad del dólar, sacando del sistema la moneda que era el fundamento de todo el sistema de pagos internacionales y dejándola flotar en los mercados. La guerra de Vietnam había generado un importante déficit en EEUU, que fue financiado con un aumento de la cantidad de dólares para pagar a la poderosa industria armamentística norteamericana. Los dólares emitidos iban a los países que tenían activos en dicha moneda, los cuales comenzaron a protestar porque recibían la presión inflacionista generada en EEUU. Como consecuencia, el dólar se devaluó un 15 % y, dado que la mayoría de las grandes empresas del mundo disponían de reservas y activos en dólares, todas se vieron afectadas. Finalmente, en octubre de 1973 todo el sistema Bretton Woods quebró, mientras tenía lugar la guerra del Yom Kippur. Se trataba del tercer enfrentamiento árabe-israelí, iniciado por la acción conjunta de Siria y Egipto para recuperar los territorios en manos de Israel desde la Guerra de los Seis Días de 1967. Ante la superioridad militar israelí, los países árabes optaron por recurrir a la ONU donde los aliados de Israel – EEUU, Reino Unido y Francia – bloquearon una condena al país judío – que tampoco la URSS apoyó –. Ante dicha decisión, los países de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (OPAEP) decidieron actuar contra Occidente reduciendo la

producción de petróleo en un 25 % y aumentando los precios en un 400 %. Aunque para final de año, la producción se recuperó, la OPAEP optó por no bajar los precios.

La crisis económica estalló y sus consecuencias se apreciaron de inmediato: los beneficios empresariales se redujeron o desaparecieron y las tasas de inversión cayeron, cierre de empresas, tasa de desempleo superior al 20 % en muchos países con un 40 % de paro juvenil, inflación desbocada, aumento incontrolado de precios dando lugar, incluso, a la estanflación, etc. La actitud de las autoridades fue pasiva porque se esperaba una crisis pasajera al entender que el libre juego de la oferta y la demanda en los mercados acabaría por reequilibrar la economía mundial, por lo que al alargarse en el tiempo se hizo mucho más difícil adoptar medidas de ajuste que afectarían duramente a la ciudadanía. Tampoco la postura de los agentes sociales, que no estaban dispuestos a ceder en la defensa de sus derechos, favorecía que ningún Gobierno pensase en aplicar terapias de choque y medidas de ajuste, dada la impopularidad y baja rentabilidad política de tales medidas.

Los efectos de la crisis se desplazarían de los países más avanzados a los menos industrializados y en vías de desarrollo. Valga como ejemplo el caso de Latinoamérica. El parón de la actividad económica en los países en los que se encontraban la gran mayoría de los compradores de sus productos trajo como consecuencia la caída de las exportaciones de materias primas y de las importaciones de productos manufacturados, así como del consumo interior. Al mismo tiempo, se incrementaba la inflación y la deuda exterior seguía, también, creciendo. De todos modos, la crisis afectaría de forma desigual a los países latinoamericanos, incidiendo aún más en las disparidades regionales. Aumentarían entonces las diferencias entre países exportadores de petróleo – caso de Venezuela, Bolivia o Ecuador, quedando México al margen con

un menor crecimiento – los cuales pudieron hacer frente mejor a la recesión, y el resto, que vieron muy ralentizado su crecimiento.

Al poco de comenzar la crisis, los países en desarrollo –la gran mayoría africanos y asiáticos que se habían independizados en la década previa – propusieron en el seno de la ONU la puesta en marcha de un Nuevo Orden Económico Internacional que frenase la desigualdad económica que sufrían frente a las naciones ricas y que achacaban al sistema establecido tras la SGM. Reclamaron unas reglas más justas en el comercio internacional, que estableciesen precios más equitativos de los productos básicos que vendían con respecto a los productos industriales de los países más desarrollados, así como un alivio de su deuda exterior, la transferencia tecnológica de los países más avanzados a los menos desarrollados y que éstos últimos pudiesen ejercer el control sobre sus propios recursos naturales.

En lo que al rock se refiere, con anterioridad al estallido de la crisis, el comienzo de la década había constituido un periodo muy creativo, que marcó el cenit de su historia, "un tiempo sin parangón posible, el final de una escalera que entonces parecía no tener fin. Ideas, sensaciones, sonidos todo era posible y todo lo fue" (SIERRA I FABRA, 2003, p. 194). Y ello a pesar de malas noticias como la separación de los Beatles y la muerte de figuras como Jimi Hendrix y Janis Joplin en 1970 y Jim Morrison un año después. En lo que a estilos se refiere, fue el gran momento del rock progresivo con bandas como Jethro Tull, Pink Floyd, Génesis, King Crimson, Supertramp o Yes. Al mismo tiempo, bandas como Led Zeppelin, Deep Purple, Judas Priest o Black Sabbath endurecieron el sonido, creando el hard-rock como antesala del heavy e incluso del punk, como sucedió con bandas como MC5. Otros optaron por un pop-rock intimista, como los solistas Carole King, Joni Mitchel o James Taylor. En EEUU cobraron fuerza el country-rock con The Eagles y Credence Clearwater Revival y el rock sureño con Lynyrd Skynyr y

Allman Brothers Band. Desde Jamaica llegó el reggae, con Jimmy Cliff, Peter Tosh o el gran Bob Marley y los Wailers. El glam-rock tuvo su momento de gloria con David Bowie, The New York Dolls o Roxy Music.

Cuando la industria discográfica se hallaba en su punto álgido, resultando por primera vez más rentable que el cine y la televisión, estalló la crisis, que afectó al rock de diversas maneras. La ciudadanía pasó a disponer de menos dinero para el ocio, por lo que se compraban menos discos y se acudía a los conciertos en menor medida. Los precios subieron pues la materia prima para la elaboración de vinilos y casetes se había encarecido. Además, tras el gran momento creativo de comienzos de década se generalizó una falta de ideas nuevas, por lo que las compañías discográficas pasaron a confiar sólo en sus grandes artistas, sin apostar por nuevas bandas. A la decepción generalizada por la falta de logros políticos que se esperaban de la revolución que el rock estaba promoviendo a finales de los años sesenta, se unió el hecho de que muchos músicos de rock se habían hartado de la revolución, promoviendo un cambio en el énfasis de un género radical a uno basado en el entretenimiento, que se volvió dócil y apático hacia la política (MITCHELL, 2005, p. 16). De este modo, la juventud dejó de identificarse con la figura de rockero, alejada de la gente común y de la dura vida cotidiana de los jóvenes corrientes, quienes tenían que resignarse a ver cada semana en la televisión noticias sobre la continua subida de precios y el cierre de fábricas; "ya ni siquiera tenían aquel antiguo rock, protestón y barriobajero, para eludir, con energía creativa, el analfabetismo y la falta de perspectivas" (MÉNDEZ, 2004, p. 143).

Las buenas noticias para el rock vinieron de fuera de EEUU. Por un lado, el reggae jamaicano, que a su ritmo cálido unía un mensaje de claro contenido social y revolucionario. Por otro lado, del Reino Unido surgían nuevas propuestas con interesantes figuras como Queen o Mike Olfield. El ingreso de este país en las

Comunidades Europeas sirvió para que en el viejo continente fluyesen nuevas ideas y numerosas bandas lo utilizasen como puente al éxito internacional. Así sucedió con los holandeses Shacking Blue y Focus, los alemanes Tangerine Dream y Can o los suecos Blue Suede y Abba. Estos últimos fueron la cumbre del *europop*, "el sonido emblemático de las vacaciones estivales" (FRITH, 2006, p. 138).

En el Reino Unido surgiría un género de breve duración, pero fundamental para la recuperación del espíritu original del rock: el punk. A finales de 1976 la juventud británica, descontenta y sin referencias, concluyó que no había futuro para ellos. *No future* fue el lema de un movimiento contestatario sin reglas que musicalmente volvió al simplismo del rock original (guitarra, bajo, batería) pero con un sonido muy rudo y unas letras muy directas y ofensivas. "Mucho más allá del inmediato alboroto que provocó, puede agradecerse al punk que despertara las conciencias" (ASSANTE, 2008, p. 40). Además, el punk puso de relieve e hizo suyo el movimiento DIY (*do it yourself*), un concepto que expresa la posibilidad de crear, reparar o modificar cosas sin necesidad de acudir a un experto o profesional (BENNETT, 2018, p. 133). La banda carismática fueron los Sex Pistols, si bien hubo otras como The Damn, Generation X o The Misfits. En Estados Unidos algunas bandas adoptaron dicha actitud, como The Ramones, y artistas como Lou Reed o Iggy Pop se acercaron a la misma.

El punk, como tal, murió antes de acabar la década por la actitud de las grandes compañías discográficas. Dado que los jóvenes pedían punk, ficharon y crearon muchas bandas dulcificando su mensaje – al estilo de lo que había sucedido con las *screen stars* en EEUU – por lo que la razón de existencia del punk desapareció. Las bandas que sobrevivieron evolucionaron hacia otras tendencias como The Clash, The Jam, The Specials o Madness, estas dos últimas desarrollando el ska a partir del reggae. Hay quien considera

que el punk evolucionó hacia el rock gótico (CALERO, 2013). En todo caso, superado el punk, en el Reino Unido surgieron grupos que buscaban principalmente la calidad, como The Pretenders, The Police o Dire Straits.

En EEUU se desarrolló otra vía de escape ante la dureza de la crisis y sus consecuencias. La gente acudía a las discotecas de las grandes ciudades para evadirse, porque "deseaba salir, divertirse, olvidarse de las penurias diarias, del desempleo, del trabajo mal remunerado o de un futuro incierto", lo que dio lugar al *disco sound* (ALLENDE, 2007, p. 114). Sus representantes fueron, entre otros, Donna Summer, Earth-Wind & Fire, Bonney M, Kool & The Gang, Village People o The Jackson Five.

La importancia de los festivales se mantenía, pero la crisis y el contexto internacional supuso que tuviesen objetivos específicos. Como ejemplos pueden citarse, por un lado, el festival *No Nukes*, celebrado en Nueva York en septiembre de 1979 para denunciar los desastres nucleares y exigir respeto por el medio ambiente y, por otro, el festival de Kampuchea, organizado por Paul McCartney y celebrado en Londres en diciembre de 1979, para protestar por las matanzas del dictador Pol Pot y ayudar a los refugiados camboyanos en Tailandia.

Mientras tanto, en otras regiones del planeta el rock era perseguido y reprimido e incluso prohibido. Así sucedía en diferentes países latinoamericanos y, como consecuencia, "solo jóvenes de clases altas y algunos de la clase media, en su mayoría universitarios, podían consumir" rock, lo que "provocó que este fuera visto como un modo de arte elitista" (GARIBALDO; BAHENA, 2015, p. 199). No sería hasta los años ochenta cuando el rock "dejó de ser simplemente una expresión cultural ajena asociada con clases pudientes para convertirse en aquello que expresaba las realidades económicas más injustas de la región" (GARIBALDO; BAHENA, 2015, p. 201).

NEOLIBERALISMO Y RECUPERACIÓN (DÉCADA DE 1980)

En septiembre de 1978 cayó el régimen del Sha de Persia y el Ayatolá Jhomeini estableció una república islámica en Irán, importante productor de petróleo. El nuevo régimen decidió reducir notablemente las ventas a los países de Occidente y, como consecuencia, en 1979 el precio del petróleo se dobló. Ante este segundo embate de la crisis, los países decidieron adoptar duras medidas de reacción. Los primeros fueron los gobiernos de Margaret Thatcher en Reino Unido y de Ronald Reagan en EEUU, que recurrieron a la fórmula de ortodoxia financiera basada en un drástico recorte del gasto público. Se abandonó el keynesianismo y se optó por el neoliberalismo: limitar el gasto público reduciendo al mínimo la presencia del Estado en la actividad económica, incluso en sectores vitales para la población como la sanidad o la educación, sustituyéndola por el sector privado, al que se le facilitaba su participación privatizando empresas públicas y flexibilizando las relaciones laborales y favoreciendo salarios bajos y despido barato. Junto a ello, se subieron los tipos de interés y los impuestos y se puso en tela de juicio el estado de bienestar. A la ciudadanía le tocó sufrir las graves consecuencias de la crisis, así como las duras medidas para superarla.

Todos los países occidentales siguieron, en mayor o menor medida, el camino iniciado por Reino Unido y Estados Unidos. Lo hicieron incluso aquellos con gobiernos de izquierda, y todos los que recurrieron al FMI en busca de ayuda financiera, ya fuesen países industrializados o en vías de desarrollo, quienes debían cumplir con las medidas neoliberales para recibir la ayuda. De este modo, durante la segunda mitad de los años ochenta tuvo lugar la vuelta al crecimiento económico, con la recuperación de las principales magnitudes: descenso de la inflación, reducción del déficit,

recuperación de la tasa de inversión, aumento de la producción industrial y de los beneficios empresariales, crecimiento del comercio exterior. Sin embargo, aunque el empleo se recuperó, no se volvieron a las bajas tasas de desempleo de los años cincuenta y sesenta. El neoliberalismo acabó demostrando que es posible crecer económicamente y mejorar los datos macroeconómicos, pero arrastrando tasas de paro considerables.

La recuperación económica tardó en llegar a otras regiones, especialmente, a los países menos industrializados y en desarrollo. En Latinoamérica la dureza de la crisis y la imposibilidad de hacer frente a la misma por parte de los gobiernos dictatoriales de la zona influyó notoriamente en la paulatina caída de dichos gobiernos y la instauración de sistemas democráticos. Sin embargo, las nuevas autoridades electas recibían una peligrosa herencia en forma de inflación, paro y deuda externa, que les obligaban a solicitar ayuda a los organismos económicos internacionales. Como consecuencia, debieron adoptar las duras medidas neoliberales aplicadas en Norteamérica y en Europa, a saber, terapias de choque aconsejadas por el FMI, en forma de políticas deflacionarias y de enfriamiento de la economía, caracterizadas por elevaciones en los tipos de interés y por reducciones tanto del gasto público como de la cantidad de dinero en circulación, cuyo precio político y su componente impopular, sin embargo, fueron bastante elevados. Desgraciadamente, La ciudadanía asociará la democracia a duras medidas de ajuste, generando una inestabilidad social que se verá acrecentada por la presencia de movimientos guerrilleros en muchos de estos países, así como por las numerosas intentonas golpistas.

Por su parte, en el sudeste asiático, y siguiendo la práctica puesta en marcha por la filiales, delegaciones y sucursales de las empresas occidentales allí establecidas, se incentivó el aprovechamiento de las ventajas derivadas del dumping social, que favorecía mano de obra barata y sumisa. Así, fueron perdiendo

importancia relativa las exportaciones de productos primarios como caucho, aceite de palma y de coco, especias como la pimienta, productos forestales o estaño, ante el aumento de exportaciones de productos de nivel tecnológico medio con mayor valor añadido, como productos químicos, maquinaria, material de transporte, manufacturas ligeras y electrónicas, y productos textiles. Ahora bien, las diferencias entre el entorno urbano industrializado y el campo atrasado se acentuarán, así como las diferencias regionales en la zona y dentro de los propios países.

La puesta en marcha del neoliberalismo a comienzos de década de los ochenta coincidió con varias noticias trágicas en el mundo del rock, como la muerte de John Lennon y de Bob Marley, así como la disolución de Led Zeppelin (por el fallecimiento de su batería John Bonham). Sin embargo, tanto porque era reflejo de las ansias de la población por olvidarse de la crisis y de las duras medidas para enfrentarla, como por las posibilidades que se habrían cuando se comenzó a superarla, la década de 1980 se caracterizó por una amplia diversidad de estilos y géneros, algunos de los cuales parecían salir de la propia definición del fenómeno rock. Además, la industria discográfica recurrió a la televisión –siendo la cadena más llamativa la MTV, Music Televisión – para promocionar los diferentes estilos musicales, lo que suponía dar más relevancia a la imagen. De este modo, sucedió que "artistas mediocres ganaron fama gracias a videos muy cuidados, en tanto que cantantes con más talento tuvieron que esforzarse para promocionar su música" (BERGAMINI, 2006, p. 52). Es más, el video musical "se utilizó en términos de banalización" y "acabó convirtiéndose en un arma política de control" (DE LA FUENTE, 2007, p. 129).

Con un éxito consolidado previamente, Bruce Springsteen se convertía al frente de la E-Street Band en icono de la clase trabajadora norteamericana. Como el Boss, el éxito llegaba para varios rockeros solistas que actuaban al frente de excelentes bandas

de sonido muy guitarrero. Con un punto de compromiso social en sus letras estaban Tom Petty y sus Heartbreakers y John Cougar/Mellencamp, mientras que con un toque más comercial cabe citar a Huey Lewis & The News o a Bryan Adams. Junto a ellos, solistas y miembros de exitosas bandas en los años setenta consolidaron carreras en solitario y fueron englobados en el *Adult Oriented Rock*: Stevie Nicks (Fletwood Mac), Don Henley (The Eagles), Robert Plant (Led Zeppelin), Phil Collins (Genesis), Steve Winwood (Traffic), Sting (The Police), Tina Turner, etc.

Como desarrollo del hard rock llegó lo que para muchos fue la salvación del rock: el heavy, que en cierta medida se convirtió desde entonces en la referencia en cuanto a sonido del rock. Desde su inicio se distinguieron dos corrientes. Por un lado, el rock-heavy desarrollado por bandas de hard-rock ya exitosas en los años setenta como ACDC, Scorpions, Kiss o Aerosmith, a las que se sumaron nuevos grupos como Whitesnake, Deff Leppard, The Cult, Bon Jovi, Guns'n'Roses o Europe. Por otro, el heavy-metal, con bandas como Van Halen, Iron Maiden, Motorhead, Helloween o Manowar. En parte, el rock duro absorbió la naturaleza contestaría del punk de manera que se convirtió en "un ataque de los jóvenes, tanto artistas como público, a las leyes de la armonía. Con él se burlaban de los comportamientos burgueses" (BERGAMINI, 2006, p. 44).

El pop amplió sus fronteras estilísticas, abarcando desde el pop-rock guitarrero hasta el sonido más electrónico. Entre los que reforzaron la presencia de teclados y sonido tecnológico (tecno-pop) puede citarse a Yazoo, Pet Shop Boys, OMD, Human League o Depeche Mode. Con un tono melódico y comercial, pero de calidad, estaban Spandau Ballet, Duran Duran, Wham y mega estrellas como Michael Jackson, Prince y Madonna. Con mayor presencia de guitarras y compromiso social en sus letras lograron el éxito bandas como U2, Simple Minds o Talking Heads. Y en el seno de lo que se llamó *New Wave* se incluyeron grupos provenientes del postpunk

como Eurythmics, The Cars, The Go-Go's o Men at Work, y todos los que fueron englobados en el *indie* o rock alternativo, muchos de ellos bandas de culto que acabaron logrando éxito internacional como The Smiths, The Cure, B-52's, así como bandas con un elevado compromiso, social y político, como REM, Nick Cave & The Bad Sees o Midnight Oil. Precisamente, los australianos Midnight Oil constituyen el ejemplo paradigmático de rock político, de tal manera que su obra evidencia el alcance de un discurso sociopolítico vertebrado desde el ámbito de la cultura popular urbana de una sociedad capitalista moderna, que muestra las posibilidades del rock como instrumento y vehículo de participación política, resistencia, disidencia y vigilancia crítica de la gestión pública (BONASTRE, 2010, p. 57).

Como nuevo estilo surgió el rap, más alejado en cuanto a sonido del rock pero que, en cuanto medio de protesta para denunciar la situación marginal de la población negra estadounidense, mantenía el espíritu contestatario del rock. Las primeras superestrellas de este estilo fueron Run-DMC, LL Cool J o KRS-One. Algunos artistas eran muy comerciales como MC Hammer o Vanilla Ice, otros reflejaban un mayor compromiso como Public Enemy o De la Soul. Por otro lado, se internacionalizó, valga la redundancia, la *world music*. Se trataba de música no anglosajona con raíces, que fue impulsada mediada la década por artistas como Peter Gabriel y Paul Simon con estrellas como Yossou N'Dour o Khaled. Algunos llegaron a superventas como el sudafricano Jhonny Clegg y los franceses de origen magrebí Mano Negra. Asimismo, destacó el éxito internacional de grupos celtas, tanto los de sonido más purista, como los irlandeses Chieftains o Clannad, como los que se acercaban al pop, como los escoceses Capercaillie, o al rock como los también escoceses Wolfstone y los ingleses Oyster Band.

La década de 1980 destacó por los festivales y actividades a favor de cuestiones humanitarias. Con el objetivo de recaudar dinero

para hacer frente a las hambrunas en África destacaron los discos *Band Aid* de 1983 y *USA for Africa* de 1984. En julio de 1985 tuvo lugar en las ciudades de Londres y Filadelfia el festival *Live Aid*, cuya recaudación se destinó a la lucha contra la pobreza en los países más necesitados y que fue considerado "el primer concierto mundial […] que demostró que el rock seguía teniendo los mismo sueños" (ASSANTE, 2008, p. 48). ¡Durante 1988 se desarrolló la gira internacional Human Rights Now!, en apoyo de Amnistía Internacional. Teniendo en cuenta los destinatarios de los mensajes lanzados, cabe apreciar que el rock de los años ochenta, a diferencia de lo sucedido en la década previa, "no intentaba acabar con las instituciones tradicionales sino simplemente mejorarlas" (BERGAMINI, 2006, p. 57).

GLOBALIZACIÓN (DÉCADA DE 1990)

La década de 1990 comenzaba con el fin de la Guerra Fría, la caída del bloque comunista y la desintegración de la URSS, lo que dejaba al capitalismo como modelo económico dominante en un contexto de creciente interdependencia entre los países, fenómeno que se conoce como globalización. Se trata de un proceso económico, tecnológico, social y cultural a gran escala, que consiste en la creciente comunicación entre los distintos países del mundo por el que se tiende a unificar sus mercados, sociedades y culturas, que les dan a todas ellas un carácter global. En lo económico, dicho fenómeno se caracteriza por la integración de las economías nacionales en una economía de mercado mundial donde los modos de producción y los movimientos de capital se configuran a escala planetaria y en el que las empresas multinacionales juegan un papel relevante.

La globalización posibilitará impulsar la liberalización de los

mercados y del comercio internacional, objetivo propio del orden internacional establecido en la década de 1950. Para ello será fundamental la labor de los organismos y entidades económicos internacionales – FMI, Banco Mundial, GATT –, que además tratarán de ayudar a los países necesitados de fortalecer sus economías. Sin embargo, las recomendaciones a los mismos consistirán en una serie de medidas que eran prácticamente idénticas a las que desde el neoliberalismo se habían puesto en marcha en la década previa para salir de la crisis: disciplina fiscal, reordenamiento de las prioridades del gasto público, reforma impositiva, liberalización de los tipos de interés, tipo de cambio monetario competitivo, liberalización del comercio internacional, facilitar la entrada de inversiones extranjeras, privatización y desregulación. De ahí que a la globalización en el ámbito económico se le conozca como globalización neoliberal. Además, la globalización aumentó de manera relevante la velocidad de los flujos de capital entre países y empresas, lo que provocaba que crisis iniciadas en un país por razones locales, acabasen expandiéndose a otros países y en ocasiones de modo global. Entre las crisis que se expandieron por el mundo con repercusiones más negativas cabe citar la de México en 1994/1995, cuyo impacto global se conoció como efecto Tequila; la crisis asiática en 1995/1997 y el efecto Dragón; la crisis rusa en 1998 y el efecto Vodka; la crisis brasileña en 1998/1999 y el efecto Samba; la crisis argentina en 2001/2002 y el efecto Tango.

En 1995, superando y ampliando el GATT se creaba la Organización Mundial del Comercio (OMC) para impulsar, no sólo la liberalización del comercio de mercancías, sino también el de servicios e ideas. De este modo, la OMC, el FMI y el Banco Mundial quedaban instituidos como rectores de la economía mundial en el contexto de la globalización. Es indudable que la actividad de dichos organismos tendrá resultados exitosos pues a lo largo de la década los países occidentales entrarán en una senda de crecimiento constante, incluyendo a la mayoría de los provenientes del antiguo

bloque comunista y muchos países en vías de desarrollo. Igualmente, surgirán nuevos polos dinámicos de crecimiento, como el constituido por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica (BRICS), y otras economías emergentes. Sin embargo, las recomendaciones de dichos organismos a los países con problemas económicos consistirán en una serie de medidas prácticamente idénticas a las que desde el neoliberalismo se habían puesto en marcha para salir de la crisis de los años setenta, muy costosas de cumplir a los países menos desarrollados.

La liberalización de los mercados será, además, un objetivo que se generalizará en las diferentes organizaciones regionales de cooperación económica que se actualizarán o se crearán en los últimos años del siglo XXI. Algunas de ellas superaran la mera cooperación económica para buscar la integración económica, como el Mercosur, puesto en marcha en 1991 y en constante crecimiento, o la Comunidad Andina –evolución en 1996 del previamente existente Pacto Andino–, siendo el caso más avanzado la Unión Europea –evolución de las Comunidades Europeas creadas en los años 50–, que instauró el mercado común en 1993 y estableció como objetivo la unión económica y monetaria e incluso cierta integración política. Sin embargo, la gran mayoría de organizaciones tendrán como objetivo real la creación de zonas de libre comercio, sin mayor profundización, siendo los ejemplos más evidentes el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLC) y la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN).

Con la entrada en la OMC de China en 2001, se reforzó el papel de los organismos internacionales con origen en Bretton Woods en cuanto rectores de la economía mundial. China había avanzado especularmente en el desarrollo de su socialismo de mercado, estructurando un sistema económico capitalista en el seno de un sistema político comunista. El país más poblado y quinta economía mundial en aquel momento se incorporaba plenamente al

mercado internacional, pasando a jugar un papel de primer orden en la determinación de la orientación de la globalización a partir de entonces y dando a entender que no hay alternativas al capitalismo.

Por otro lado, recordemos que el neoliberalismo, aunque logró superar las consecuencias de la crisis de los años setenta, no había logrado reducir el desempleo a los bajos niveles previos. Para hacer frente a ello, desde 1990 se apostó por formas novedosas y flexibles de empleo, como el contrato a tiempo parcial, el contrato de aprendizaje o la reducción de la jornada laboral. Como consecuencia, a pesar de que los datos macroeconómicos mostraban un evidente crecimiento económico, el mercado de trabajo siguió siendo la asignatura pendiente de la globalización neoliberal, con una creciente precariedad laboral muy contestada por los sindicatos.

En dicha situación, no es de extrañar que entre los estilos y corrientes que surgieron en el rock desde comienzos de la década de 1990 destaque el grunge. Nacido en Seattle, fue la música de la generación X, la generación de la insatisfacción y la nueva posguerra, la de la Guerra Fría. El grunge equivalía al rock de los orígenes (guitarra, batería y bajo), uniendo a la potencia del heavy y la fiereza del punk, una actitud de indiferencia y aislamiento que encandiló a los más jóvenes. “Sus canciones destacaban por sus atmósferas sombrías y sin esperanza y sus historias de fracaso y paranoia, tan comunes entre las jóvenes generaciones del tiempo” (BERGAMINI, 2006, p. 60), lo que lleva a considerar que el movimiento “buscaba una expresión suplicante de atención” por parte de los jóvenes (MÉNDEZ, 2004, p. 172). Su desafío a las normas culturales vigentes, aunque sin mostrar intención de revelarse, y su rechazo al rock asociado al lujo que predominó en los años ochenta lo llevó al éxito. La banda de referencia fue Nirvana y para muchos el grunge duró lo que duró el grupo, como sucedió con el punk y los Sex Pistols. Otras grandes bandas fueron Alice in Chains, Soundgarden, Stone Temple Pilots y Pearl Jam. Como

sucedió con el punk, la gran industria fagocitó la autenticidad del grunge, reduciéndolo "a una estética superficial con la que lograr vender productos que no ponían en entredicho el sistema", para lo que "los contenidos políticos o de comentario social eran entendidos como frívolos y desterrados" (GIL, 2004, p. 14). Resultaba llamativa la contradicción de la juventud de comienzos de la década de 1990, puesto que era capaz de expresar una incisiva crítica de su entorno social, al tiempo que carecía de la capacidad de articular en la práctica dicha crítica, por lo que se afirma que en pleno neoliberalismo "la inoperante formalización de la crítica de la juventud […] responde a un juego de poder donde la cultura aparentemente se denuesta pero se utiliza como eficacísima herramienta de dominio" (ABAD, 2002, p. 11).

En la segunda mitad de la década los estilos más cercanos al rock original, desde el pop-rock al heavy, recuperaron el terreno que habían ganado otros estilos más alejados del mismo, como el pop melódico, el rap, el pop electrónico o los grupos puramente comerciales para los fans más jóvenes. Desde el Reino Unido triunfó un pop-rock guitarrero que reinventaba el de los años sesenta y que se conoció como *Britpop*, una denominación, "lo suficientemente importante para generar una historia propia" (SIERRA I FABRA, 2003, p. 387), con bandas como Oasis, Blur, Supergrass, Pulp, The Verve, Radiohead, Manic Street Preachers o los irlandeses The Cramberries. Al mismo tiempo, nacieron multitud de bandas que rescataron términos como "nuevo rock", "rock alternativo" o "rock de garaje". Así, dentro del rock alternativo puede citarse a Alanis Morrissette, Hootie & the Blowfish, Counting Crows, Matchbox Twenty, The Wallflowers, Silverchair o P.J. Harvey. Con un sonido más duro Red Hot Chilli Pepers, Green Day, Offspring o Marilyn Manson. A partir del heavy-metal se aumentó la velocidad de las canciones y apareció el Trash Metal, con bandas como Metallica, Slayer, Anthrax o Megadeth. Otras mezclaron el heavy-metal con diferentes estilos como el hip-hop, el grunge, el rock alternativo y el

funk, dando lugar al *nu-metal* o *new-metal*, con grupos como Korn, Limp Bizkit, Linkin Park, Deftones o Evanescence.

A finales de la década de los noventa, la industria discográfica era un gigante económico: en 1999 facturaba en todo el mundo 38.000 millones de dólares (en comparación, el valor del conjunto del sector industrial de EEUU era de 15.000 millones de dólares) y en todo el planeta se vendieron 3.800 millones de CD, casetes y minidisc (FRITH; STRAW; STREET, 2006, p. 13). Entre los diferentes estilos, uno de los más rentables fue el pop comercial para adolescentes, con figuras como Spice Girls, Britney Spears, Back Street Boys, Christina Aguilera, N'Sync y demás solistas y grupos clones. Todos ellos creados por las propias compañías discográficas y potenciados en los medios de comunicación con gigantescas campañas de marketing. "Las *boy* y *girls bands* funcionaban como una marca con diferentes líneas de consumo (ropa y complementos, especialmente) que se vendían con el gancho imprescindible del sexo" (GIL, 2004, p. 15). Algo similar se hacía, si bien con una mayor calidad y con miras a un público más adulto, con las estrellas del pop melódico como Celine Dion, Mariah Carey o Whitney Houston. En general se trata de artistas que se alejaban del rock, tanto por sonido como por actitud, con composiciones que trataban temas banales. Quizás parte de la razón de su éxito fuese precisamente ésa, pues su música servía para desconectar del día a día, lo que tranquilizaba a las autoridades, al tener a los jóvenes (y a los no tan jóvenes) entretenidos y alejados de temas importantes.

NUEVAS CRISIS (SIGLO XXI)

Ya en el nuevo siglo tendrán lugar dos hechos, ambos en 2001, con una gran carga simbólica que reforzará la globalización neoliberal. Por un lado, la entrada de China en la OMC. Tras años

de avance espectacular con su socialismo de mercado, la entonces ya quinta economía mundial, comunista en lo político, se incorporaba plenamente al mercado internacional dando a entender que no hay alternativa al capitalismo. Por otro lado, el avance del terrorismo fundamentalista. Con los atentados del 11-S la lucha contra el terrorismo mundial y la defensa nacional priorizaron la agenda mundial, situando la seguridad por encima incluso de los derechos humanos e influyendo notoriamente en las decisiones económicas, principalmente, a la hora de determinar el destino de los fondos de ayuda a los países en vías de desarrollo.

Lo cierto es que, como venía sucediendo desde mediados de los noventa, la riqueza mundial siguió creciendo hasta 2008, y así lo demostraban las diferentes magnitudes macroeconómicas. No obstante, aun siendo buenos, los datos no alcanzaban el ritmo de crecimiento del capitalismo keynesiano de las décadas de 1950 y 1960. En efecto, el promedio anual de la tasa de crecimiento del PIB mundial había sido entre 1950 y 1973 del 5 %, mientras que entre 1980 y 2007 fue del 2,8 %. Es de destacar que la participación en la formación del PIB mundial de las economías occidentales había disminuido, mientras que las economías emergentes como los BRICS habían adquirido mayor relevancia. Por su parte, el aumento del volumen del comercio internacional (medido por las exportaciones) entre 1950 y 1973 fue del 8,3 % anual; tras reducirse al 2,6 % hasta 1980, se pasó a un aumento del 5,9 % hasta 2007. La única magnitud que ha crecido desde 1990 es la inversión extranjera directa, beneficiada por las mayores facilidades tecnológicas propias de la globalización, aunque también es cierto que ello ha favorecido la expansión de flujos de capital no sólo financiero sino especialmente especulativo (BANCO MUNDIAL, 2019; FMI, 2019).

Además, el reparto de la riqueza se hacía más desigual, pues si bien los países en desarrollo más avanzados e industrializados,

especialmente las economías emergentes, lograban aferrarse a la senda del crecimiento, los menos desarrollados empeoraban su situación, de manera que iniciado el siglo XXI eran más pobres que en 1990. Resultaba contradictorio que en pleno apogeo de la globalización – fenómeno que debería favorecer la apertura de los mercados y constituir una fuerza impulsora de crecimiento también para los países en desarrollo – la mayor parte de los países menos desarrollados tuviesen una capacidad exportadora reducida a niveles de quince o veinte años atrás. Ello, al menos en parte, era resultado de las medidas económicas recomendadas por el FMI, pues son factibles en su ejecución para economías desarrollas o industrializadas, pero no tanto para países en vías de desarrollo. En efecto, las recomendaciones del FMI suelen suponer la puesta en marcha de políticas de saneamiento del presupuesto, lo que requiere reducción del gasto público, que finalmente conlleva limitar el gasto social; aumento de la presión fiscal para pagar la deuda externa; y eliminación de las barreras arancelarias para participar del comercio internacional, aunque ello supone a los países perder los pocos ingresos con los que elaborar los presupuestos.

El siglo XXI se inició con una nueva crisis en la industria musical. En esta ocasión no era fruto de la falta de ideas pues se trataba de una crisis económica, provocada por la piratería. El "top manta" y los portales de Internet de intercambio gratuito de archivos (como Napster, el más famoso antes de ser clausurado), facilitaban el acceso a las canciones de solistas y bandas, incluso antes de que los álbumes estuvieran a la venta en el mercado. Aunque la piratería podría ser explicada como una disputa comercial entre EEUU y el sudeste asiático (Tailandia, Singapur y China, de donde surgía la mayor parte de las copias ilegales de CD a finales de los años noventa), también puede ser vista como una ruptura con la "visión demasiado simplista del imperialismo (angloestadounidense) del rock", no sólo porque "la industria musical global ya no es solamente estadounidense" sino especialmente porque la piratería "es un

problema que afecta sobre todo a las grabaciones locales" (FRITH, 1999, p. 15).

Paradójicamente, las compañías discográficas van a contrarrestar los efectos de la piratería gracias a la potenciación del ocio por parte de las autoridades. En efecto, las consecuencias en la población de los actos de terrorismo fundamentalista internacional – principalmente el 11-S de Nueva York en 2001, pero también otros como el 11-M de Madrid en 2004 o el 7-J de Londres en 2005 – provocarán una sensación de pánico que se querrá apaciguar reforzando los productos para la distracción ofertados a través del cine, la televisión y la música. "Curiosamente, en tiempos bélicos, el ocio y el *entertainment* parecen aumentar para equilibrar la sensación de miedo e inestabilidad producto de los peligros que nos rodean" (SIERRA I FABRA, 2003, p. 405).

En el ámbito musical se apreciará cómo numerosos solistas y grupos, la mayoría en el ámbito del pop más comercial, serán impulsados en las emisoras y en Internet con vistas a reforzar el entretenimiento de la ciudadanía, especialmente, de los más jóvenes. Las compañías discográficas crearán nuevos géneros y estilos, determinando qué tipo de género corresponde a cada mercado, convirtiendo una vez más la música en mercancía (FRITH, 2014, p. 148). El recurso a los medios de comunicación de masas por parte de las compañías discográficas le otorgará grandes beneficios a pesar de generar productos de popularidad fundamentada en una audiencia específica. Un ejemplo evidente lo tenemos en "la creación de un mercado musical específico para un público infantil y preadolescente a través de canales temáticos de televisión, de estrenos cinematográficos y de revistas especializadas que publicitan los mismos iconos" (GOIALDE, 2013, p. 08), tales como Hannah Montana, Jonas Brothers, Selena Gomez u One Direction. Otro ejemplo lo aporta el indie-rock, identificado en los años ochenta con la noción antisistema del rock en sus orígenes y que ha pasado a ser

una etiqueta, “un reclamo publicitario, un producto más creado para venderse y crear ganancias” (CRIADO, 2014, p. 04).

No obstante, también surgirán figuras interesantes en diferentes estilos. En el pop-rock, destacan por su sonido elegante grupos como Maroon 5, Coldplay, Keane o Snow Patrol. En el hard rock The Darkness, Airbourne, Audioslave o The Answer. Retomando elementos musicales y estéticos de finales de los años setenta y mezclando el rock alternativo con el postpunk, resurge el rock original con grupos como The Strokes, The White Stripes, Kings of Leon o Jet; algunos incluso con toques electrónicos, como The Killers, Franz Ferdinand o The Bravery. En EEUU mantienen su feudo el rap y el hip hop con artistas como Eminem, Jay Z, Nelly o Black Eyes Peas. Y dentro del sonido más comercial, destacan artistas que apuestan por la calidad, como Beyoncé, Alicia Keys, Nelly Furtado o Robbie Williams. Serán multitud los estilos y géneros que a partir del año 2000 recobrarán fuerza, demostrando que sobreviven al paso del tiempo. Se puede citar como ejemplos el doom metal, el death metal, el ska, el punk clásico, el funk de los setenta, el pop indie, el rockabilly, el swing, el electrobeat de los ochenta “y decenas de otros estilos que todavía persisten dentro de redes de fans e instituciones que garantizan su supervivencia” (STRAW, 2006, p. 107). En algunos de ellos, como el anarcho-punk, el gothic-punk y el hardcore, es posible encontrar los principios del movimiento DIY impulsado en su día por el punk (BENNETT, 2018, p. 134).

Con los festivales sucederá otro tanto. Comienzan a proliferar por doquier como manera de compensar los menores ingresos por ventas de discos. Por un lado, los conciertos en directo de las bandas consagradas se convertirán en gigantescos shows, por otro, se organizarán festivales donde solistas y grupos veteranos compartirán cartel con nuevos artistas para atraer audiencia de todas las edades. Algunos de ellos también servirán para denunciar los

graves problemas y las injusticias que afectan a la humanidad y al mundo. Debe destacarse la relevancia del *Live Aid 8*, celebrado en julio 2005, veinte años después del festival original, en diferentes ciudades de los países que conforman el G8, con el objetivo de pedir la condonación de la deuda externa a los países en vías de desarrollo. También la del *Earth Live*, celebrado en julio de 2007 en diez diferentes ciudades de los países desarrollados y emergentes más relevantes, con el objetivo de concienciar a la población sobre las consecuencias del cambio climático, presionar a los países para actuar contra dicho fenómeno y apostar claramente por las energías renovables.

En 2008 estalla en Estados Unidos una crisis financiera que acabó siendo global. Las famosas hipotecas *subprime*, producto estrella de la codicia del sector bancario, generaron un problema de liquidez que afectó a la actividad económica de todos los sectores en la mayoría de los países occidentales. La respuesta de la globalización neoliberal consistió en que las administraciones públicas asumiesen las deudas de las entidades financieras inyectando fondos desde los bancos centrales a los bancos privados y socializando sus deudas, que no se han cobrado por completo en algunos países. Las medidas adoptadas para salir de la crisis han constituido una nueva copia del neoliberalismo de los años ochenta, siendo catalogadas por las autoridades como medidas de ajuste, aunque entre la ciudadanía se generalizó la expresión recortes, sobre todo en gasto social. Aunque los datos macroeconómicos daban a entender que para 2014 se había logrado la recuperación económica, el ritmo de crecimiento era también menor que en el anterior período de crecimiento (1990-2007). De nuevo, como sucedió con la puesta en marcha del neoliberalismo en la década de 1980, aunque volvieron los beneficios empresariales, especialmente de los grupos transnacionales y del sector bancario y financiero, no vinieron acompañados de una significativa reducción del paro, con el añadido de que, desde entonces, el empleo que se crea es precario en un

porcentaje cada vez mayor.

Como en situaciones previas, el impulso del ocio para despreocupar a la sociedad fue la característica general en la mayoría de los países. La consecuencia en el ámbito musical fue la potenciación del pop más comercial con contenidos insulsos, lo que se impulsó durante la crisis y, paradójicamente, con más fuerza aún durante la salida de la misma. Hay quien considera que "ha comenzado una nueva era, la de la corta pega" en la que las estrategias de la industria discográfica "se fijan en base a números estadísticos; se promueve aquello que suena como funciona" (SÁNCHEZ, 2012, p. 31) y tienden a "acrecentar la importancia del marketing (vender a cualquier precio) sobre los departamentos artísticos" (GIL, 2004, p. 16). El ejemplo más evidente es el reguetón, junto con el baile perreo/twerking, en el que lo banal llega al extremo de retroceder en la defensa de la igualdad entre sexos y en la lucha por los derechos sociales. A ello se une el hecho de que estamos ante la "manifestación de una sociedad fascinada por la fama y la riqueza, por el ocio rápido y la idea posmoderna del todo vale" (GIL, 2004, p. 16). Como se ve, cobraba aún más fuerza lo expresado por Rob Hirst, en la ceremonia por la que Midnight Oil ingresaba en el *Australian Hall of Fame*, en el sentido de que, aunque se sigue escribiendo rock-protesta, la industria discográfica lo ignora pues se encuentra hipnotizada por los *get-famous-fast TV shows*.

No obstante, es posible encontrar en el rock una actitud inconformista, que demuestra que "la música puede desafiar las normas sociales y crear alarma entre los defensores del *statu quo*" (GIOIA, 2020, p. 13). Y ello se aprecia claramente en las bandas y artistas consagrados desde hace décadas, pero también en otros cuya actividad es más reciente. En cierta manera, es una característica de todas las estrellas musicales, quienes nunca se han "alimentado de ideas aterradoramente conservadoras", sino que, al contrario, han mostrado "una vocación de progreso, una especie de anárquico

sentimiento de mejorar las cosas" (RUIZ, 2006, p. 9). Del mismo modo, dicha actitud surge desde los diferentes estilos y géneros que se engloban en lo que se considera rock: en el sonido más duro (desde el hard/heavy-rock al trash-metal), en el más apartado y menos guitarrero (rap, hip-hop, reggae), incluso en los sonidos teóricamente más comerciales (pop, funky, disco). Así, podemos encontrar un movimiento de protesta social y de acción colectiva surgida desde el heavy-rock en Ecuador (GONZÁLEZ, 2004), un movimiento contestatario a favor de la libertad de expresión vinculado a músicos de rap en Guinea-Bissau (BARROS, 2012), un movimiento en favor del empoderamiento de la mujer y de denuncia de la violencia de género en México (CERRILLO, 2021), o el movimiento que denunció las políticas neoliberales de Donald Trump, así como sus mensajes xenófobos, agrupando a artistas y bandas estadounidenses –tanto anglosajones como hispanos– y latinoamericanos (HORMAECHEA, 2018). Ante tanta diversidad se afirma que "hoy día no existe un solo rock, sino una multitud, que se encuentra y se entremezcla, lenguajes jóvenes que se cruzan y viejos sonidos que no desaparecen, sino que de hecho retornan con renovada energía" (ASSANTE, 2008, p. 52). Es más, cabe afirmar que los elementos comunes que la música rock presenta en los diferentes lugares del planeta facilitan el acercamiento de culturas. "Escuchando a un grupo de chicas de Japón, un grupo de hip-hop turco, un grupo de rock aflamencado en España… los seguidores del pop-rock de cualquier parte del mundo encontrarán siempre […] ciertos sonidos electrificados o electrónicos, algunas técnicas vocales, y algunas frases musicales que les serán familiares" (REGEV, 2013, p. 179).

Por otro lado, el modo de consumir música ha cambiado, recurriéndose al formato MP3 o aplicaciones musicales como Spotify o iTunes, lo que favorece que, especialmente los jóvenes, consuman canciones sueltas. De este modo, "se rompe el discurso integral que construía el álbum, que incluía elementos adicionales

como portada, fotos, texto, y que propiciaba ir más allá, incluyendo al grupo y su contexto" (DEL AMO; LETAMENDIA; DIAUX, 2016, p. 21), lo que impide en ocasiones llegar al componente de denuncia o protesta, de contenido social, que el artista en cuestión querría dar a conocer. Desde otro punto de vista, sin embargo, hay que subrayar la oportunidad que la industria del entretenimiento está ofreciendo a los jóvenes y adolescentes, para quienes son desconocidas la gran mayoría de artistas y bandas famosas de los últimos setenta años. En efecto, los videojuegos musicales más exitosos entre los más jóvenes están posibilitando que muchas de esas bandas, principalmente en estilos como el hard rock y el heavy, estén obteniendo nuevos seguidores (HERSCHMANN, 2011, p. 308).

CONSIDERACIONES FINALES

En términos generales, el rock se acerca a las ocho décadas de vida. Nació tras la mayor hecatombe que ha conocido la humanidad y desde entonces ha tenido que convivir con multitud de conflictos armados, muchos de los cuales han surgido por intereses económicos, y que han generado millones de víctimas mortales. En ese contexto, la evolución del rock como elemento de protesta se ha caracterizado por un continuo intento de control por parte de la industria y las autoridades, lo que genera un nuevo movimiento contestatario cuando además el contexto socioeconómico y político presiona a la población y endurece sus condiciones de vida. Así, el rock se ha desarrollado bajo una dinámica cíclica: aparece la manifestación cultural; a continuación, la industria discográfica utiliza el mercado, la publicidad y los medios audiovisuales para acceder al gusto general de la sociedad, favoreciendo la aceptación de las capas dominantes; finalmente, la generalización y

vulgarización de la manifestación cultural provocan que otros agentes inicien un proceso de resistencia generando nuevas manifestaciones culturales (CEPEDA, 2009, p. 103).

Como se ve, las manifestaciones musicales consideradas como parte del fenómeno rock son distintas y dispares, y ello se debe a su naturaleza y al contexto en que ha tenido lugar su desarrollo. En efecto, el rock es un fenómeno eminentemente social y cultural, lo que implica que como tal se reconoce y define en las circunstancias de la sociedad y tiempo que le ha tocado vivir. Recordemos que el rock nació y ha crecido principalmente en occidente, en el seno de un sistema económico de libre mercado, siendo, por tanto, parte del mundo capitalista. El rock ha evolucionado en el seno de dicho modelo económico y, así, se ha pasado de comprar discos de vinilo a bajar canciones de Internet al teléfono móvil, de conciertos con equipos de sonido de calidad ínfima a gigantescos y multitudinarios espectáculos que son cubiertos por los medios de comunicación de medio mundo. Sin buena parte de los avances tecnológicos habidos en sectores como el audiovisual, las telecomunicaciones y la informática no hubiese habido una producción masiva de música popular, ni una presencia masiva de la misma en los medios, ni se hubiese consumido masivamente (JONES, 1992, p. 01).

El hecho de que el rock sea parte del capitalismo es también la razón de que haya logrado ser un movimiento global, pues es parte de la industria. Con independencia de su espíritu rebelde y contestatario, el rock es un producto rentable, que genera ganancias y beneficios, al venderse discos (o archivos musicales) en cualquier parte del mundo. La protesta y la denuncia nunca hubiesen sido masivas si no se hubieran vendido discos, por lo que gracias al sistema que atacaba el rock se hizo conocido por todos. Del mismo modo, en el siglo XXI, la propia globalización es lo que posibilita que la protesta social que contiene el rock contra la versión neoliberal de la misma llegue al último rincón del planeta. En

definitiva, el rock sigue ofreciendo "ideales de protesta, justicia, igualdad y pacificación en un mundo globalizado" que abrazan "los jóvenes o los que tienen un espíritu joven" (VÁZQUEZ, 2019, p. 13).

The hardest years, the darkest years,
the roaring years, the fallen years
These should not be forgotten years
The hardest years, the wildest years,
the desperate and divided years
We will remember
These should not be forgotten years

Midnight Oil
Blue Sky Mining, 1990.

REFERENCIAS

ABAD, L. A. **Rock contra cultura**. Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.

ALONSO RODRÍGUEZ, J. A. **Lecciones sobre la economía mundial. Introducción al desarrollo y a las relaciones económicas internacionales**. Madrid: Civitas, 2012.

ALONSO TAJADURA, R. **Historia Económica del siglo XX**: del patrón oro a las subprimes. Burgos: Editorial Gran Vía, 2012.

ALLENDE, F. "El contexto económico de la música popular en el siglo XX". *In*: GARCÍA LUPIOLA, A. **Economía y Rock**: La influencia de las relaciones internacionales y la economía mundial en el rock. Leioa: Universidad del País Vasco, 2007.

ASSANTE, E. **Leyendas del Rock**: Artistas, instrumentos, mitos e historia de 50 años de música. Barcelona: Blume, 2008.

BANCO MUNDIAL. **World Bank Open Data**. Washington: Banco Mundial, 2019. Disponible en: <www.worldbank.org>. Acesso em: 12/04/2026.

BARBÉ, E. **Relaciones Internacionales**. Madrid: Tecnos, 2020.

BENNET, A.; ROGERS, I. **Popular Music Scenes and Cultural Memory**. Londres: Palgrave Macmillan, 2016.

BENNETT, A. "Youth, Music, and DIY Careers". **Cultural Sociology**, vol. 12, n. 2, 2018.

BERGAMINI, A. **El rock y su historia**. Barcelona: Robinbook, 2006.

BONASTRE, R. "Resposta social i proposta política des de la música popular. El cas de Midnight Oil a Austràlia (1997-2004)". **Revista Forma**, n. 1, 2010.

CALERO, E. "El anhelo de lo prohibido. Ian Curtis y Joy Division, las dos caras de una misma moneda. La transición del post-punk al gothic-rock. Desde The Sex Pistols hasta Siouxsie & The Banshees". **Herejía y Belleza: Revista de Estudios Culturales Sobre el Movimiento Gótico**, n. 1, 2013.

CALVO HORNERO, A. **Economía internacional y organismos económicos internacionales**. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces, 2021.

CAMERON, R.; NEAL, L. **Historia económica mundial**. Madrid: Alianza, 2016.

CAMPS, E. **Historia económica mundial**: La formación de la economía internacional. Madrid: McGraw Hill, 2013.

CEPEDA, H. "Industria, política y movimientos culturales: una lectura desde el fenómeno comercial del rock y el pop". **Estudios sobre las Culturas Contemporáneas**, vol. 15, n. 30, 2009.

CERRILLO, O. "Rap against rape: hip hop como denuncia a la violencia de género en Ecatepec". **(Pensamiento), (palabra) y obra**, n. 26, 2021.

COMÍN, F. **Historia Económica Mundial**: de los orígenes a la actualidad. Madrid: Alianza, 2011.

CRIADO, S. "Rock indie: ¿realidad o ficción?". **Síneris: Revista de Música**, n. 16, 2014.

CHALIAND, G. **Atlas del Nuevo Orden Mundial**. Barcelona: Paidós, 2004.

DE BARROS, M. "Participação Política Juvenil em Contextos de 'Suspensão' Democrática: a música rap na Guiné-Bissau". **Revista Tomo**, n. 21, 2012.

DEL AMO, I.; LETAMENDIA, A.; DIAUX, J. "¿El declive del significado social de la música?". **Revista Crítica de Ciencias Sociales**, n. 109, 2016.

DÍEZ DE VELASCO, M. **Las organizaciones internacionales**. Madrid: Tecnos, 2010.

EGAN, S. **100 años de música**. Barcelona: Blume, 2009.

FMI - Fondo Monetario Internacional. **Annual Reports Archives**.

Washington: FMI, 2019. Disponible en: <www.imf.org>. Acesso em: 12/05/2026.

FRIEDEN, J. A. **Capitalismo Global**: El trasfondo económico de la historia del siglo XX. Barcelona: Editorial Crítica, 2013.

FRITH, S. "La constitución de la música rock como industria transnacional". *In*: PUIG, L.; TALENS, J. (ed.). **Las culturas del rock**. Valencia: Pre-Textos, 1999.

FRITH, S. "La música pop". *In*: FRITH, S.; STRAW, W.; STREET, J. (coords.). **La otra historia del Rock**: Aspectos clave del desarrollo de la música popular: desde las nuevas tecnologías a la política y la globalización. Barcelona: Robinbook, 2006.

FRITH, S. **Ritos de la interpretación**: Sobre el valor de la música popular. Buenos Aires: Paidós, 2014.

FRITH, S.; STRAW, W.; STREET, J. "Introducción al pop y al rock". En FRITH, S., STRAW, W.; STREET, J. (coords.). **La otra historia del Rock**: Aspectos clave del desarrollo de la música popular: desde las nuevas tecnologías a la política y la globalización. Barcelona: Robinbook, 2006.

FUENTE SOLER, M. "Tumbarse en los raíles. La presencia de la música rock en la política internacional". *In*: GARCÍA LUPIOLA, A. **Economía y Rock**: La influencia de las relaciones internacionales y la economía mundial en el rock. Leioa: Universidad del País Vasco, 2007.

GARCÍA LUPIOLA, A. "El rock como herramienta para estudiar la economía contemporánea". *In*: PADILLA CASTILLO, G.; GONZÁLEZ VALLÉS J. E.; SÁNCHEZ RODRÍGUEZ V.

(coords.). **La cultura como herramienta de expresión humana**. Barcelona: Editorial GEDISA, 2018.

GARCÍA LUPIOLA, A. **Economía y Rock**: La influencia de las relaciones internacionales y la economía mundial en el rock. Leioa: Universidad del País Vasco, 2007.

GARCÍA LUPIOLA, A. **Ekonomia Garaikidea**. Leioa: Universidad del País Vasco, 2014.

GARCÍA LUPIOLA, A. **Kanpo Merkataritza eta Nazioarteko Elkarkidetza Ekonomikoa** (Comercio Exterior y Cooperación Económica Internacional). Leioa: Universidad del País Vasco, 2011.

GARCÍA LUPIOLA, A. **Nazioarteko Merkataritza**. Leioa: Universidad del País Vasco, 2026.

GARIBALDO VALDÉZ, R.; BAHENA URIÓSTEGUI, M. "El ruido y la nación: cómo el rock iberoamericano redefinió el sentido de la comunidad en Latino América". **Diálogos: Revista Electrónica de Historia**, vol. 16, n. 1, 2015.

GIL RITUERTO, P. **El pop después del fin del pop: entrevistas**. Barcelona: Ediciones RDL, 2004.

GIOIA, T. **La música**. Una historia subversiva. Madrid: Turner, 2020.

GOIALDE PALACIOS, P. "Música popular/músicas urbanas". **Musiker**, n. 20, 2013.

GONZÁLEZ GUZMÁN, D. "Rock, identidad e interculturalidad. Breves reflexiones en torno al movimiento rockero ecuatoriano". **Iconos – Revista de Ciencias Sociales**, n. 18, 2004.

HERSCHMANN, M. “Repensando o sucesso dos videogames musicais na cultura contemporânea”. **Redes.com**, n. 6, 2011.

HORMAECHEA, A. “La nueva canción protesta de la era Trump”. **El Futuro del Pasado**, n. 9, 2018.

JONES, S. **Rock formation**: music, technology and mass communication. Londres: SAGE Publications, 1992.

KEIGHTLEY, K. “Reconsiderar el rock”. *In*: FRITH, S.; STRAW, W.; STREET, J. (coords.). **La otra historia del Rock**: Aspectos clave del desarrollo de la música popular: desde las nuevas tecnologías a la política y la globalización, Barcelona: Robinbook, 2006.

KOUVAROU, M. “American Rock with a European Twist: The Institutionalization of Rock’n’Roll in France, West Germany, Greece and Italy (20th Century)”. **Historia Crítica**, n. 57, 2015.

LOZANO BARTOLOZZI, P. **De los imperios a la globalización**: Las relaciones internacionales en el siglo XX. Pamplona: Universidad de Navarra, 2001.

MARÍN, J. L.; MERINO, A.; HERNANDO, C. **El orden mundial. Las fuerzas que mueven el mundo**. Barcelona: Ariel, 2025.

MÉNDEZ RAMOS, S. **Limusinas y estrellas**: Medio siglo de rock 1954-2004. Madrid: Espasa, 2004.

MITCHELL, S. P. “You say you want a revolution? Popular music and revolt in France, The United States and Britain during the late 1960s”. **Historia Actual *Online***, n. 8, 2005.

PALOMARES LERMA, G. **Las Relaciones Internacionales en el Siglo XXI**. Madrid: Tecnos, 2026.

PALOMARES LERMA, G.; CASTRO, A.; TOMÉ, B. **Las Relaciones Internacionales en la Sociedad Global**. Madrid: Tecnos, 2023.

PEREIRA, J. C. **Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas**. Barcelona: Ariel, 2009.

REGEV, M. **Pop-rock Music**. Aesthetic Cosmopolitanism in Late Modernity. Cambridge: Polity Press, 2013.

ROBAYO PEDRAZA, M. I. "La canción social como expresión de inconformismo social y político en el siglo XX". **Calle 14 – Revista de Investigación en el Campo del Arte**, vol. 10, n. 16, 2015.

ROWE, D. **Popular cultures**: rock music, sport and the politics of pleasure. Londres: SAGE Publications, 1995.

RUIZ, J. **Plásticos y Decibelios**. Toda la música de nuestro tiempo. Madrid: Aguilar, 2006.

SÁNCHEZ, M. **Música en vivo**: se hace camino al tocar". Bilbao: AlhondigaBilbao, 2012.

SERBIA, J. M. "La domesticación de la cultura rock y la racionalización de la espontaneidad". **Hologramática**, n. 28, 2018.

SIERRA I FABRA, J. **La era rock (1953-2003)**. Madrid: Espasa, 2003.

STORNAIOLO PIMENTEL, A. "La contracultura beat: un puente entre la música negra y el rock". **Revista Com Humanitas**, n. 3,

2019.

STRAW, W. “El consumo”. *In*: FRITH, S.; STRAW, W.; STREET, J. (coords.). **La otra historia del Rock**: Aspectos clave del desarrollo de la música popular: desde las nuevas tecnologías a la política y la globalización, Barcelona: Robinbook, 2006.

VÁZQUEZ CARMONA, A. “La contracultura: el rock como protesta política”. **El Artista**, n. 16, 2019.

VELARDE REVILLA, P. M.; ALLENDE PORTILLO, F.; GARCÍA LUPIOLA, A. **Las relaciones internacionales contemporáneas**: La relevancia de la economía en el desarrollo de la actual sociedad internacional. Bilbao: BBK, 2007.

WARD, P.; DELGADO, A. “Música popular, identidad y política”. **Historia Contemporánea**, n. 57, 2018.